

**LA CUESTION JUDIA EN HUNGRIA Y  
EL SABOR DEL BRILLO DEL SOL  
DE ISTVÁN SZABÓ**

**Tomás Várnagy**

**István Szabó, uno de los más importantes cineastas húngaros contemporáneos, ha realizado, entre otras películas, *Mefisto* y *Coronel Redl*. El título original de su último estreno en Buenos Aires, *Sunshine*, es en húngaro *A napfény ize* (“el sabor del brillo de sol”). Esta co-producción húngaro-alemana-canadiense-austríaca ganó en 1999, en la Academia de Cine Europeo, los siguientes premios: mejor guión (István Szabó e Israel Horovitz), mejor actuación protagónica (Ralph Fiennes) y mejor fotografía (Lajos Koltai).**

**Argumento**

La película trata sobre la historia de una familia húngara-judía, los Sonnenschein (un apellido judío-alemán, que significa “brillo de sol”) en Hungría durante tres épocas históricas y tres Estados diferentes: el Imperio Austro-húngaro, la monarquía sin rey y la dictadura foránea autodenominada “socialista”. Esta familia comienza su fortuna con la venta de un elixir o tónico con su nombre impreso en las botellas.

Los tres Sonnenschein son protagonizados por el actor estadounidense Ralph Fiennes. El primero, Ignác, “húngariza” su apellido a Sors para poder ascender en su carrera como juez que sirve lealmente al Imperio, terminando su carrera amargado y traicionado. Su hijo, Ádám, abandona la religión judía para poder unirse a un selecto club de esgrima que le permitirá ser campeón olímpico en 1936, muriendo en un campo de concentración –en una de las escenas más horribles de la película- negando su judaísmo perdido. Su hijo, Iván, se convierte en un funcionario comunista que, luego, se rebela en contra del régimen totalitario.

## Personajes

“Sors” en húngaro significa destino, fortuna. Es un apellido muy parecido al del banquero húngaro **Soros**, difícilmente una coincidencia. Hay también una directa referencia al psicólogo **Lipót Szondy**, que húngarizó su apellido original, Sonnenschein. Szondy fue el creador del “análisis de destino”, una técnica psicoanalítica que enfatiza el papel de la familia en la formación del carácter, implicando que los destinos individuales están más determinados por los antecedentes familiares que cualquier otra cosa.

El licor llamado “el sabor del brillo de sol”, en la cual se basaba la fortuna familiar de los Sonnenschein, nos recuerda al afamado licor húngaro **Unicum** de la familia **Zwack**, una bebida hecha a base de hierbas, de color oscuro y sabor amargo parecido al *fernet*. El campeón olímpico de esgrima es, obviamente, **Attila Petschauer**, quien fue asesinado por los nazis durante la Segunda Guerra mundial de la manera descrita en la película. El Sors más joven, que se convierte en interrogador de la policía secreta puede ser cualquiera de los cientos de judíos que se afiliaron al Partido Comunista con la vana esperanza de crear una utopía, un nuevo mundo de libertad e igualdad universales.

## Crítica

*Sunshine* es algo simplista y superficial, pero debe tenerse en cuenta que el guión, de unas 400 páginas, fue concebido para una serie televisiva en capítulos y fue reducido a menos de la mitad para que sea entendible (y digerible) a las audiencias occidentales, especialmente la estadounidense. En su esquematismo, la saga de la familia Sors/Sonnenschein muestra muy marginalmente el contexto no judío y, cuando lo hace, sólo aparecen húngaros estereotipados muy negativamente en una visión maniquea que algunos han considerado como “anti-húngara”.

Tiene algo de *kitsch* y de pedantería en muchos aspectos, y el mensaje central es de una simplicidad ingenua: hubo una vez un país llamado Hungría gobernado por los tolerantes Habsburgo y durante este período no sólo brillaba el sol sino que la tierra de los *magyares* era un buen lugar para los judíos. Con el fin del Imperio vienen los húngaros malos que asesinan a los judíos y luego los comunistas que los explotaban para cazar nazis, hasta que –finalmente- el sol brilla de nuevo porque Hungría es democrática y es políticamente correcto que Sonnenschein retome su apellido original. En la última escena de la película, vemos a este último miembro de la familia caminando, feliz y radiante, por un extremo de la multicultural calle peatonal Váci en un soleado día budapestino, lo cual implica que Sonnenschein es nuevamente parte de una multicultural Hungría.

En Hungría hubo una rápida asimilación de los judíos en los siglos XVIII y XIX y formaron parte de esa nación demostrando ser tan patriotas como sus conciudadanos cristianos. El problema es que la asimilación fracasó porque la mayoría no los aceptaba como totalmente húngaros, ya que consideraban que tenían elementos foráneos y/o “cosmopolitas” y porque eran considerados e identificados como “diferentes”, algo que no sucedía con los “húngaros” católicos de origen eslovaco o los “húngaros”, luteranos o católicos, de origen alemán.

“Renunciaría gustosamente a mis demandas hacia los judíos húngaros sólo si estuviese seguro de que su patriotismo los salvaría de la miseria del antisemitismo... Pero los judíos de Hungría serán sorprendidos por su fatalidad, que será más brutal y cruel a medida que pasa el tiempo y, además, más salvaje en la medida en que se hagan más poderosos. No hay escape”. Estas líneas proféticas fueron escritas en 1903 por Teodoro Herzl, fundador del Sionismo, que había nacido en Budapest en una época en la cual los judíos húngaros eran relativamente aceptados, al punto que el rabino principal de Hungría formaba parte de la Cámara Alta del Parlamento.

Los judíos tuvieron un importante papel en la comercialización, industrialización y desarrollo de la burguesía en Hungría, especialmente porque las capas sociales rectoras del país (típica “clase ociosa”, según el término del sociólogo Thorsten Veblen) menospreciaban toda ocupación considerada como poco “señorial”, esto es, industria y comercio, abandonándola a extranjeros y judíos, que fueron asimilándose (“hungarizándose”) muy rápidamente. Debido a que en Budapest había más de un 20% de judíos y una altísima proporción de médicos y abogados judíos, los alemanes, irónicamente, la llamaban “Judapest”.

En 1920 se proclama la ley XXV, *Numerus Clausus*, por la cual la afiliación del estudiantado debía ser proporcional a su propia “raza”, en otras palabras, no podía haber un porcentaje mayor en la universidad de eslovacos, por ejemplo, que el porcentaje general de su población. Si bien no se mencionaba la palabra “judío” o “israelita”, no existían dudas de que esta ley iba dirigida en contra de ellos. Se reduce la proporción de estudiantes de origen judío de 32% a 10% en la primera mitad de la década de 1920.

En la educación hubo un énfasis creciente no sólo del cristianismo y del nacionalismo sino también del irredentismo. Una publicación oficial de 1921 definía las principales metas de la política educacional: (1) lograr un “sentido positivo de nación”, esto es, de una “Hungría integral”; (2) “proteger las mentes de los jóvenes en contra del internacionalismo”; y (3) “re-hungarizar a los intelectuales para evitar su judaización”.

Todo esto llevó a que muchos importantes intelectuales abandonaran Hungría y se hicieran famosos en el exterior, tales como: el físico Leo Szilárd, el ingeniero mecánico Tódor Kármán, los filósofos György Lukács y Károly Mannheim, el sociólogo Oszkár Jászi, el historiador del arte Arnold Hauser, los poetas Béla Balász y Lajos Kassák, artistas como László Moholy Nagy, y directores de cine como Sándor Korda (de quien tomó su seudónimo el recientemente fallecido fotógrafo cubano) y László Vajda.

La Ley XV de 1938 limitaba el empleo de los “israelitas”. La ley IV de 1939 definía el ser judío: que uno de los padres o dos abuelos fuesen de la fe judía, y buscaba reducir a los profesionales de ese origen a un 6% y total exclusión en áreas estatales. Se prohibió que los judíos trabajasen como directores de teatro, editores de diarios y revistas y, finalmente, se puso un límite a la cantidad de tierras que podía poseer un judío. Estas dos leyes, a las cuales casi nadie se opuso, lograron la cruel realidad de excluir virtualmente a todos los judíos húngaros del resto de la sociedad.

La Ley XV de 1941 prohibía las relaciones o el casamiento entre judíos y gentiles. La Ley XV de 1942 prohibía la compra de tierra por parte de judíos y los judíos que la poseyeran deberían venderla. Pese a la severidad de todas estas leyes, la situación de los judíos en Hungría era mucho mejor que en los países vecinos. Se cometieron atrocidades recién a partir de 1944 con la ocupación alemana cuando toman el poder los nazis húngaros, los cruz-flechados liderados por Szálasi, quien en su corto mandato de seis meses instauró un régimen de terror.

Empeoró la situación de los 800,000 judíos húngaros, y unos 440.000 fueron deportados. Hubo poca resistencia a esta operación y algunos -muy pocos- protestaron, entre ellos las autoridades católicas como el arzobispo primado, cardenal Serédi y, también, un desconocido párroco de provincia, el futuro cardenal primado, Mindszenty. Cabe recordar al diplomático sueco Raoul Wallenberg que salvó a miles de judíos durante la ocupación alemana y que desapareció en manos de los soviéticos.

Después del horror hitleriano, los judíos eran mencionados como “aquellos perseguidos por los nazis”, y el régimen comunista consideró un tabú hablar de ellos fuera del contexto religioso y la cuestión fue ignorada. La gran proporción de dirigentes comunistas judíos es explicable por diferentes factores, especialmente el nazismo, y hubo una identificación por ciertos sectores húngaros de “comunismo-judaísmo” que sigue presente hoy en día.

Con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la ola democratizadora en Europa Central y Oriental surgieron muchos partidos políticos en Hungría y hubo una lamentable confrontación por la cuestión del antisemitismo y presunto filosemitismo de algunas tendencias. Esta lucha patética degradó a la vida política húngara frente a la opinión pública internacional. El problema del antisemitismo no resuelto fue acompañado con un nuevo énfasis en la identidad judía.

Los antisemitas consideraban que hubo factores “externos” en la modernización de Hungría, tales como el capitalismo de preguerra y el comunismo de posguerra: ambos fueron llevados a cabo por judíos (la famosa teoría de la *sinarquía*). Ser judío es sinónimo de capitalista y, también, de comunista. En las elecciones de 1990, estos grupos consideraban que los “cosmopolitas internacionales” (un eufemismo antisemita) debían ser vencidos por “el camino húngaro” representado por ciertos partidos políticos. Estas actitudes envenenan las relaciones sociales hasta hoy en día.

Lo cierto es que muchos sectores de la vida política húngara no han realizado un examen crítico de su historia en relación a los judíos y su responsabilidad en cuanto al

Holocausto. Actualmente, se sigue silenciando el tema del antisemitismo, una cuestión aún no resuelta. Esta película de István Szabó bien puede ser un saludable comienzo.

-----00-----